

DULCE AMOR, DULCE MUERTE

Bernard Taylor

Traducción de David Alcaraz Millán

Hay algo que me impide ver el sol; es un ángel que se interpone.

Tendido en el césped recién cortado con los ojos a medio abrir veo una mariposa que se detiene en la modélica cabeza del ángel. Tan solo se queda unos segundos, abre y cierra las alas y se marcha entre rápidos aleteos hasta que se pierde tras el muro de piedra gris.

Todo a mi alrededor parece la viva imagen de la calma y la serenidad. Y así *debería* ser. Creo que, por su propia naturaleza, este lugar debería transmitir tranquilidad. Sin embargo, me lo cuestiono a menudo...

Recuerdo haberle dicho a Shelagh que volver a Inglaterra me traería paz. Ahora pienso cada minuto en lo irónico de mis palabras. Por si esta lápida no fuera suficiente, hay un anciano que se inclina a lo lejos y deposita unas rosas con amor. Pero sus rosas no son blancas. Son rojas, rojas como la sangre. Aun así, no dejan de ser rosas.

Sí, reina la calma. Para cualquiera, este lugar no debe de ser más que un remanso de paz. Mientras que a mí me grita cosas en las que es mejor no pensar si quiero sobrevivir. Pero se me hace imposible *no* pensar en ellas.

La pesadilla no empezó cuando regresé, sino mucho antes. Incluso en Nueva York, a tantos kilómetros de aquí, tuve algunas señales, aunque no las supe interpretar como tales. De lo único que estaba seguro era de que debía regresar a Inglaterra. Y de lo único que estoy seguro ahora es de

que debería haberme quedado donde estaba, con Shelagh. De haberlo hecho, esta historia habría sido diferente; o al menos habría tenido otro final. Pero no pude quedarme. Me fue imposible porque, en mi interior, sentía esa *necesidad* de volver a ver a Colin.

En Manhattan nunca logré encontrar la satisfacción plena. Nada que *perdurara*. Pero ¿y si era eso lo que buscaba cuando me fui hace ocho años? No lo sé. Quizás. Lo cierto es que no iba con grandes esperanzas. Me marché y dejé atrás sentimientos difusos de infelicidad, de no pertenecer a donde vivía; aunque no tenía motivos para imaginar que encontraría las respuestas que buscaba en ningún otro lugar. Elegí Estados Unidos porque me caían bien los norteamericanos, porque el idioma no supondría un problema y porque sentía que, espiritualmente, los británicos estábamos más cerca de los estadounidenses que de cualquier otro pueblo. Pero no había nada verdaderamente *positivo* en esta huida, a no ser que la huida en sí lo fuera. Y supongo que así fue; no estoy seguro. No iba tanto en busca de algo nuevo, ajeno y estimulante, como de alejarme del lugar que tantas veces me vio fracasar.

Al mirar atrás ahora, lo hago con sorpresa, pues me cuestiono si he hecho bien en haberme quedado tanto tiempo siendo consciente de mi descontento, al menos hasta que apareció Shelagh. Pero pasé seis años de mi vida allí, solo, hasta que llegó para compartir su vida conmigo. Entonces, ¿por qué me quedé? ¿Fue por la necesidad de demostrar mi valor? ¿O para demostrar que podía vivir sin la ayuda ni el apoyo de mi padre? Tampoco es que fuera a ofrecerme ni lo uno ni lo otro. Puede que fuera solo eso, una muestra impotente de bravuconería hacia él. Si ese fue el caso, no sirvió para nada.

Sin embargo, durante los dos últimos años, Shelagh *sí* que me dio una buena razón para quedarme en Estados Unidos, aunque solo fuera para poder estar juntos. Y si mi hermano no hubiera conocido a Helen, todavía seguiríamos allí...

Pero sí que la conoció; y fue entonces cuando comenzó esa *atracción*, esa *necesidad*, ese algo que me perseguía; y no pude descansar desde entonces.

No había forma de explicar mis sentimientos a nadie. Ni siquiera a Shelagh. Creo que ella lo veía como una mera añoranza del lugar en el que nací, cuando en realidad era algo que no podía entender.

—¿Por qué tienes tanta necesidad de volver? —me preguntaba Shelagh—. Es imposible que estés *tan* desesperado por ver a tu padre. O por volver a tu casa.

—¿Qué casa?

—A eso me refiero. Y tampoco puede ser por Colin. Nunca os habéis visto con mucha frecuencia.

Era por Colin, pero no lo verbalizaba, por aquel entonces.

—Quiero encontrar la paz —le contesté, tras una pausa. Aunque mis palabras sonaron ridículas, Shelagh no se rio.

Nos conocimos cuando vino a dar clases al instituto privado en el que yo trabajaba como profesor de Historia e Inglés. Todavía recuerdo cuando la vi por primera vez entrando en la sala de profesores aquella mañana, vestida con ese pichi azul cielo sobre una blusa blanca. Lo primero en lo que me fijé fue en su color: su abundante cabello color cobre, extremadamente liso y pesado, que le rozaba el collar que lucía en el cuello; y los ojos más azules que jamás hubiera visto, muestra de su ascendencia irlandesa. Me sentí atraído por su calidez desde el primer momento y, con el paso de los días, la felicidad fue en aumento al sentir cómo crecían y florecían la cercanía y la amistad entre nosotros. Se sucedieron las semanas y esa atracción mutua y esa amistad se tornaron en algo más: un vínculo más intenso, más fuerte; por lo que tomamos la decisión que parecía ineludible: buscamos un apartamento más grande y nos fuimos a vivir juntos. Nunca había sentido nada igual por ninguna mujer hasta que apareció Shelagh y fui consciente de ello desde el primer momento.

—¿Y no podemos ir a Inglaterra de vacaciones al menos? —le sugerí—. Podemos volar en cuanto acabe el semestre.

—Vamos a impartir las clases de verano. Ya lo sabes. Ya hemos dicho que sí.

—Pero podemos librarnos de darlas. Por Dios, ya he tenido clases más que suficientes este año.

—Ya no nos podemos escaquear —me respondió—. Es demasiado tarde. Espera a que se acabe la escuela de verano. Solo es un mes. No puedes estar *tan* ansioso...

Yo mismo era consciente de que la impaciencia se reflejaba en mi rostro, de la rudeza que desprendía mi forma de colocar la boca.

—Cásate conmigo, Shelagh —le supliqué. Siempre la misma cantinela—. Vamos a casarnos y nos vamos juntos a Inglaterra.

—Ya lo hemos hablado antes...

Para calmar las aguas, bromeé:

—Es porque no puedo bailar, ¿verdad?

Me miró fijamente durante un momento sin rastro de humor alguno en su expresión y se marchó hacia la cocina. La observé mientras se iba, con la sonrisa forzada congelada en el rostro, y la seguí, un poco más consciente de mi cojera conforme avanzaba por la moqueta. Apoyado en la puerta, miré cómo se ocupaba de la percoladora de café.

—Lo siento, no quería decir eso y nunca lo he pensado. Ni siquiera por un minuto —le dije.

—Últimamente estás cambiado —me respondió, con calma—. No eres el mismo de antes. Durante este último año te has vuelto cada vez más... introspectivo. —Negó con la cabeza—. No sé por qué... He visto cómo cada día estás un poco más tenso y nervioso. Y por la noche sigues igual. Ya no puedes dormir sin tomarte esas malditas pastillas. Y cuando *no* te las tomas, te pasas la noche moviéndote y dando vueltas en la cama. Hace un año te habrías reído de pensar que estarías tomando pastillas para dormir. —Se giró hacia mí—. Dios

mío, Dave, estás empezando a preocuparme. Es que no sé qué te está pasando.

Me encogí de hombros.

—Puede que sea el instituto... y este sitio... —Hice un gesto con la mano, señalando al apartamento—. Todo... —Forcé una sonrisa—. Es una fase. La superaré.

Se acercó a mí, estirando los brazos hasta enlazarlos alrededor de mi cuello.

—Seguro que sí. —Me besó—. Pero me preocupo por ti...

—Cásate conmigo.

—Mira, Dave, nos conocemos desde hace dos años y la mitad de ese tiempo es como si hubieras estado en otro planeta. Antes, durante el primer año, no eras así, y sé... —Se rio y continuó—: O al menos *creo* saber, que el Dave de ahora no eres tú. —Hizo una pausa—. En fin, me casaré contigo cuando seas *más como tú eres* en realidad. No estoy dispuesta a ser la solución de los problemas de nadie. —Me mantuvo la mirada y añadió—: Sé cuándo empezó todo esto.

—Dime...

—Pues... con Colin. —La simple mención del nombre de mi hermano volvió a punzar ese nervio—. Estoy segura de que fue por eso —afirmó—. Te escribió para decirte que se casaba y de pronto caíste en un pozo sin fondo.

Sí, era verdad. Fue casi al mismo tiempo cuando noté que mi inquietud comenzaba a crecer. No me había percatado de ello hasta entonces, del momento en el que empecé a sentirme así, pero ahora era consciente, ahora que Shelagh lo había mencionado. Y al echar la vista un año atrás, me di cuenta de que mi estado de nerviosismo había ido aumentando progresivamente hasta el punto de no poder centrarme en nada, ni en clase ni en casa; cada vez estaba más irascible e irritable. Sí, ahí fue cuando comenzó, cuando Colin y Helen se casaron hace un año y se fueron a vivir juntos.

Pero ¿a qué se debía? ¿Qué conexión podría haber con cómo me sentía? Sea como fuere, a partir de ese momento empecé a tener dolores de cabeza y a sentirme cada vez más nervioso.

En el dormitorio, saqué algunas de las cartas que Colin me había enviado. La última estaba fechada el 2 de marzo. Hacía unas semanas. Era bastante concisa, solo para informarme de que Helen y él estaban bien y para preguntarme cuándo teníamos pensado ir de visita Shelagh y yo. Sus cartas anteriores eran mucho más largas y llegaban con más frecuencia.

También las acompañaba de fotografías. Instantáneas suyas; fotos tomadas tras su enlace matrimonial; de ellos posando delante de la casa de campo. Allí estaban, de pie junto a la verja, agarrados el uno al otro, sonriendo a un fotógrafo desconocido. Habían llegado tantas fotos durante sus primeras semanas de matrimonio: todas esas vistas desde la casa de campo; las instantáneas del pueblo de Berkshire, Hillingham; fotos de Colin leyendo, de Colin relajado en el jardín, de Colin sentado al volante de su reluciente coche MG rojo y, en todas ellas, parecía feliz.

Más numerosas aún eran las fotografías de Helen. Volví a miraras y me pregunté cómo sería más allá de su apariencia física. Parecía alta y delgada y el pelo, de un intenso color castaño oscuro, le caía por debajo de los hombros. Sus ojos parecían casi negros en contraste con la blancura de su piel y reflejaban una expresión indescifrable a través de la lente de la cámara. Tenía la boca abierta, los labios carnosos y se podía observar una ligera sonrisa... ¿Era una sonrisa? Iba vestida con ropa bastante moderna. Solía aparecer con vestidos largos, cuando no llevaba unos vaqueros azules, y lucía colgantes en el cuello y brazaletes nada discretos en las muñecas. Encajaba perfectamente en lo que Colin decía que era: una artista. Y me di cuenta de que eso era todo lo que sabía de ella. Según dicen, apareció en su vida de repente y cuando se casaron no llevaban ni dos meses juntos...

Shelagh me había seguido al dormitorio y se había quedado mirando una de las fotografías de la casa de campo.

—La casa es una maravilla —dijo y añadió entre sonrisas—: Pero si *quieres* tener una casa de campo vas a tener que ahorrar bastante y comprártela tú solito. *Entonces* podrás tener esa paz que andas buscando. Yo te veo dando clases en un instituto de un pueblo y ocupando tu tiempo libre cuidando de las matas de tomates y levantando muros de piedra... —Dudó por un momento y continuó—: Te... te *alegras* por él, ¿verdad?

—¿Por Colin? —Asentí—. Claro que me alegro. —Lo hacía—. Es feliz. Tiene lo que deseaba. ¿Por qué no iba a alegrarme por él?

Se había casado con Helen y si ella tenía una preciosa casa en el campo, pues mejor para él también.

Recogí las fotos de esa magnífica casa y, al hacerlo, tuve esa sensación de nuevo: esa fuerza casi física que me atraía, que me conducía hacia Colin.

Colin...

Nunca he llegado a entender por qué. O, mejor dicho, cómo. ¿Cómo es posible que exista un vínculo tan estrecho entre ambos? Jamás lo llegaré a entender. Lo único que sé es que siempre ha existido.

Es incluso más raro, supongo, si tenemos en cuenta que no nos hemos criado juntos y que, por tanto, como me había dicho Shelagh, éramos prácticamente desconocidos. Pero ese lazo siempre ha estado ahí. Entre nosotros. Entre Colin y yo. Siempre ha existido un vínculo, una especie de hilo invisible que nos conecta el uno con el otro, sin importar lo lejos que nos encontremos. A fin de cuentas, dicen que eso les pasa a los *gemelos*, como si eso lo explicara todo. Y se cuentan historias que refuerzan esos lazos tan extraños. Pero esas historias no explican nada, nada de nada...

Shelagh, que me conocía más de lo que creía, me tranquilizó:

—Dave, no te preocupes porque lleve un tiempo sin escribirte. Su vida ha dado un giro radical. Ahora tiene más cosas en las que pensar. Espérate y verás cómo te vuelve a escribir pronto.

Pero no lo hizo y mi intranquilidad no dejaba de aumentar. Probé a llamarlo por teléfono, pero tras recibir por sexto día consecutivo la misma respuesta —que el teléfono estaba fuera de servicio—, me di por vencido. Lo único que podía hacer era esperar. Y, mientras tanto, haría un enorme esfuerzo para no darle aún más vueltas al asunto. Quizás así se me pasaría ese nerviosismo constante que sentía...

Ya bien entrado el mes de mayo, esperaba con impaciencia el día de mi cumpleaños. El 15 de mayo. Colin y yo cumpliríamos 32 años, aunque él era mayor que yo por unas horas. El lunes, día 15. Ese sería el día en el que tendría noticias de él.

Ese lunes, el cartero me dejó una factura y cuatro felicitaciones. Una de Shelagh; otra del director del instituto, Jefferies —hombre, ¿acaso no éramos como una gran familia feliz en el instituto?—; otra de los estudiantes de mi clase de Inglés de octavo curso; y otra de mi padre. Esta última era idéntica a las que me había enviado en los años anteriores, todas ellas llegaron en el momento justo y llevaban una sola palabra: «Padre». No tenían mensaje.

No hubo ni rastro de Colin.

—Quizás llegue mañana. —Me intentó calmar Shelagh—. ¿Cómo es posible garantizar que una carta llegue en un día concreto después de una travesía de casi cinco mil kilómetros?

Esa noche, para celebrar mi cumpleaños —aunque nunca había tenido tan pocas ganas de hacerlo—, salimos a cenar a uno de nuestros restaurantes favoritos en el Lower East Side. Yo estaba hecho polvo. Sentado frente a Shelagh, jugueteando con

el pescado que tenía en el plato, me forzaba a llevarme algo a la boca de vez en cuando e intentaba luchar contra un extraño zumbido que había comenzado a sentir en la cabeza. Al mismo tiempo, se cernía sobre mí una densa nube de tristeza.

—¿Eso es todo lo que vas a comer? —La sonrisa de Shelagh se quedó congelada y su voz tenía un tono un tanto quebradizo.

—Lo siento... —Me llevé una mano a la sien—. No soy buena compañía.

—Esa es la mayor verdad que has dicho en todo el día.

Nos quedamos en silencio. No podía pensar en nada sobre lo que hablar y tampoco tenía ganas de hacerlo. Pude sentir cómo me clavaba la mirada cuando el camarero se llevó mi plato a medio comer. Evité su mirada y me quedé absorto en la taza de café mientras la llenaban. Una sensación extraña se estaba apoderando de mí; un sentimiento de calidez y un hormigueo en la punta de los dedos. El zumbido de la cabeza era cada vez más intenso y sentía una enorme presión detrás de los ojos. Parecía estar petrificado, envuelto en una densa niebla sin poder moverme, una niebla que se hacía con el control de mi cuerpo a través de los poros de mi piel. Vi, como si de una película a cámara lenta se tratase, cómo moví la mano para sacar un cigarrillo. Noté que me temblaban los dedos...

Esa sensación se hizo cada vez más intensa y percibí la voz de Shelagh que intentaba llegar hasta mí a través de la niebla. La miré, impasible.

—¿Perdona...? —Comenzó a buscar su bolso, con la boca apretada—. Iba a decir que me voy a casa. —Ya había pagado la cuenta; invitaba ella; y estaba contando la propina con las monedas en el plato—. Te he preguntado lo mismo tres veces y ni siquiera haces por contestarme.

—Lo siento. ¿Qué querías saber?

—Ya nada. Déjalo. —Cerró el monedero y se levantó. Bajó el tono y dijo, casi susurrando—: Ya estoy harta de ti esta

noche. Me voy a casa. Hasta el *Late Show* me hace más compañía que tú.

—¿Cómo te encuentras? —murmuró, con la boca cerca de mi oreja en la almohada.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

Después de un rato continuó:

—Lo siento. Me he portado como una perra.

—Yo también lo siento. De veras. Ojalá pudiera explicarte cómo me sentía...

—No tienes por qué.

Me giré para verle la cara y la abracé. Poco después, subí las manos hasta tocarle los pechos y ella se apretó contra mí. Moví los dedos para apartar la seda y comencé a sentir su piel desnuda, suave, aterciopelada...

No había tenido muchas experiencias sexuales hasta que conocí a Shelagh. Me había perdido muchos capítulos. Había tenido poco más que flirteos furtivos en las filas traseras y muy poco éxito cuando se me presentaba una ocasión de oro. Quizás fuera por la pierna, además de la influencia de mi tía Marianne. Nunca me había sentido relajado, pero relajado de verdad, en una relación sexual, de eso no me cabe duda. Recuerdo que una vez vi una película erótica y me dejó con una sensación de confusión total, además de extraña y totalmente excitado. Seguro que todos esos meneos y esos movimientos eran para que valiera la pena la inversión en la película. Esa gente al otro lado de la pantalla no podía tener conexión con la gente *normal*, como yo.

Sin embargo, con Shelagh no sentía confusión alguna. Supongo que todo lo que sabía a ese respecto lo había aprendido de ella y le hacía el amor dentro de unos parámetros que habíamos establecido nosotros mismos. Y dentro de esos límites me sentía a salvo, seguro. Sus peticiones encajaban

con las mías, en su mayoría, y nunca me hacía sentir amenazado por que le resultara insuficiente.

Las típicas historias de amor hablan de una pasión descontrolada. Creo que yo nunca había tenido esa sensación, al menos no en mis relaciones con Shelagh, y nunca había experimentado nada mejor que lo que hacíamos juntos. Pero bueno, incluso aunque nuestra pasión fuera controlada, era buena. Muy buena. Y aunque no fuéramos a prenderle fuego a la habitación, era suficiente. A ella le bastaba, y a mí también, y éramos felices así...

Estábamos tendidos uno al lado del otro. Habíamos terminado hacía tiempo. Shelagh dormía profundamente y yo empezaba a sentir de nuevo ese zumbido en la cabeza, que se volvía cada vez más intenso. Ya me había tomado dos pastillas para dormir, pero estaba claro que no iban a hacerme efecto. Me sentía caliente y como si tuviera fiebre. Fiebre, sí. Era como si estuviera sufriendo una rara enfermedad que de pronto llegaba a su fase más aguda...

Al final me levanté, fui al baño y metí la cabeza bajo el chorro de agua fría. No me sirvió para nada. Seguí sin poder descansar. Cuando salió el sol, todavía seguía despierto y vi cómo comenzaba a iluminar la habitación, cómo iba mostrando los delicados rasgos de Shelagh y borraba de ellos la oscuridad.

Tras tomarme el café, me quedé sentado mientras ella preparaba sus cosas para ir al instituto. Al verme apoyado en la mesa, sin moverme, me preguntó:

—¿Te vas a tomar el día libre?

—No. —Negué con la cabeza—. Iré más tarde. Invéntate alguna excusa para mí, ¿vale?

Se me acercó y me puso la mano en el pelo.

—Dave, ¿qué te pasa?

—Nada. Solo quiero esperar a que llegue el correo.

Y eso hice. Esperé a que llegara el correo. Cuando llegó, solo había un sobre. Era una tarjeta de Colin.

—Te lo dije —me replicó Shelagh cuando, ya en el instituto, le enseñé la tarjeta.

Tenía una imagen del cuadro *La ronda de noche*, de Rembrandt, y, en su interior, debajo de la escueta felicitación que venía ya impresa, Colin había garabateado su nombre y lo había acompañado de un simple «Te escribiré pronto».

—¿Y qué? —me dijo Shelagh, al verme la cara—. ¿Ya estás contento?

—Sí, lo estoy.

Pero no era verdad. Me alivió recibir la tarjeta de Colin. Pero era solo algo racional; no me ayudó a aplacar cómo me *sentía* realmente. Y a medida que avanzaba la mañana, iba sintiendo en mi interior una presión sin límites que no hacía más que crecer, como si me estuvieran apretando todo el cuerpo con vendas invisibles; y la mayor de las presiones la notaba en la cabeza. Tuve la necesidad irracional de salir del despacho hacia fuera del edificio. Pero tampoco me habría ayudado; el pánico formaba parte de mí, estaba dentro de mí; no tenía manera de dejarlo atrás.

La tarde fue incluso peor. Estaba molesto e irritable con los alumnos, tanto que, dado que percibían mi tensión, andaban con pies de plomo cuando se dirigían a mí y no querían tentar a la suerte. Y el nubarrón negro se aproximaba, me envolvía cada vez más en una sensación sofocante, hasta que pensé que haría lo posible por escapar del aturdimiento y la saturación que me provocaba su presencia.

Por fin pasó la última clase del día; lo único que me quedaba por hacer era sobrevivir a la reunión semanal de profesores.

Una vez que hubo empezado, pensaba que no terminaría jamás. Jefferies dio comienzo con grandilocuencia y su estilo cargado de adjetivos, apoyado hacia atrás en su silla,

presidiendo la mesa del refectorio, con sus dedos puntiagudos, recreándose en los asuntos más triviales como si realmente tuviera algo que decir. A mí no me salpicó ninguno de los temas. Sentado al lado de Shelagh, miraba las radiantes sonrisas, los ojos brillantes y los gestos adulatorios de asentimiento del resto de los profesores, y ni siquiera pude evocar mi habitual rechazo.

Pasaron los minutos. Lentos, muy lentos. Miré al reloj y, por fin, marcaba las cinco y media. Varley, el profesor de gimnasia, con mucho músculo y poco cerebro, daba su inútil opinión sobre el caso de Sinclair, uno de los estudiantes que tenía «un pequeño problema de conducta que precisaba de atención». Intenté escuchar las preguntas que le plantearon, pero mi mente no me dejaba concentrarme. Estaba allí, sentado y absorto en contemplar mi maletín, que yacía sobre la mesa delante de mí, mientras sentía como si me fuera a explotar el cráneo. No sé dónde, como si viniera desde muy lejos, oí que alguien mencionaba mi nombre y caí en que me estaban preguntando algo. Intenté recomponerme, respiré y abrí la boca, seca, para hablar. Y eso fue todo.

De pronto, después de todos los meses de tensión acumulada, sentí un hormigueo y una sensación de ardor en la cabeza. La mecha se había prendido al fin. Como si pudiera huir físicamente de esa sensación, me puse de pie con torpeza. Al hacerlo, la silla se estrelló contra el suelo. Y fue entonces cuando me alcanzó el golpe.

Cuando llegó la explosión, fue como una patada en lo más profundo de mi cerebro, tan fuerte que hizo que me temblara la cabeza sobre el cuello. Durante una fracción de segundo, mi mundo se redujo a una lluvia de chispas y gotas de color escarlata en la oscuridad. Oí un zumbido, como una ráfaga de viento. Seguidamente sentí una gran presión contra mi cuerpo, tan fuerte y angustiosa que era como si fueran a reventarme las costillas. Y el dolor continuó, cambiante,

como si tuviera una mano dentro del pecho que me agarraba el corazón y no dejaba de apretar y apretar...

Fue el indescriptible dolor en el pecho lo que provocó que ese sonido saliera de mi interior, forzándolo a través de la garganta y haciendo que resonara en la habitación y retumbara en mis oídos:

—¡No! ¡No-o-o-o-o!

Confuso y luchando contra mis párpados, vi la cara de Varley justo enfrente; sus facciones porcinas adoptaron una expresión de sorpresa y consternación.

Y entonces todo se detuvo.